

FÚTBOL, DESARROLLO SOCIAL Y PATRIA- LA VIOLENCIA COMO FACTOR DE LO NACIONAL EN CLAVE DE GOL

 ■ David Leonardo Quitián Roldán
■ david.quitian@unad.edu.co
■ Universidad Nacional Abierta y a Distancia, UNAD
■ Colombia

 ■ Olga Lucía Urrea Beltrán
■ olgalucy2006@yahoo.es
■ Universidad de los Llanos
■ Colombia



FÚTBOL, DESARROLLO SOCIAL Y PATRIA: LA VIOLENCIA COMO FACTOR DE LO NACIONAL EN CLAVE DE GOL

David Leonardo Quitián Roldán¹

Universidad Nacional Abierta y a Distancia, UNAD (Colombia)

david.quitian@unad.edu.co

Olga Lucia Urrea Beltrán

Universidad de los Llanos (Colombia)

olgalucy2006@yahoo.es

RESUMEN

El sociólogo alemán Norbert Elias propone un modelo analítico para comprender la historia: los procesos civilizatorios en los que el deporte juega un papel preponderante (1990 y 1992). En síntesis, este autor explica la parlamentarización de la sociedad mediante su deportivización. Esta perspectiva ofrece para Colombia herramientas hermenéuticas para entender el conflicto interno y otras formas violentas que se han desatado en el país. Esta ponencia examinará este problema a la luz de cuatro variables: el desarrollo de nuestro balompié, sus correlatos de modernidad, los discursos de nación y las expresiones de violencia política.

Palabras clave: Fútbol; Colombia; violencia política; modernidad; Estado-nación.

ABSTRACT

The german sociologist Norbert Elias proposes an analytical model for understanding history, the civilizing process in which sport plays a leading role (1990 and 1992). In summary, this author explains the parliamentarisation of society through its sportization. This perspective offers to Colombia hermeneutical tools for understanding the internal conflict and other violent forms that have been unleashed in the country. This paper will examine this issue in light of four variables: the development of our football, its correlates of modernity, the nation speeches and expressions of political violence.

Keywords: football; Colombia; political violence; modernity; nation-state.

¹ El presente trabajo fue realizado con apoyo del “Programa Estudiantes- Convênio de Pós -Graduação – PEC-PG, da CAPES/CNPq – Brasil”.



MODERNIDAD, FÚTBOL Y PATRIA

La modernidad debe leerse como un proyecto, un conjunto de prácticas, representaciones sociales y moralidades foráneas que para prosperar en nuevos ambientes precisa de condiciones favorables. Tales condiciones pueden existir en un estado anterior o pueden fomentarse vía seducción y/o imposición ¿Qué tantas condiciones existían para una modernidad en América Latina? ¿Cuánto de ella fue asumida con agrado y cuánto a disgusto?

No obstante, ese planteamiento tiene el problema de considerar la modernidad como un solo proyecto: unitario, homogéneo, estandarizado. También falla en concebirla como algo acabado: ya hecho, sin dinámica, algo que una vez se alcanza ya no se pierde. Esa concepción ha naturalizado la percepción de la modernidad como un logro de la civilización; como un grado más evolucionado del pasado colonial y del primitivismo salvaje de los indígenas.

Una visión más comprensiva debe reconocer que la modernidad intentó penetrar por muchas vías y con variadas estrategias. También debe entender que ella no fue un proyecto único y que su relativa adopción no estuvo exenta de disputas, algunas de ellas atemperadas por procesos de negociación y la mayoría resueltas con altas dosis de violencia física y simbólica. Uno de los escenarios donde se libraron luchas de este tenor fueron los debates en torno a la mejora de la raza y los discursos higienistas de la primera mitad del siglo veinte. En ellos se discutieron visiones de sociedad con el rasero modernista que, en su percepción más dogmática, culpaba del atraso y la pobreza del país a los indígenas, negros y analfabetos.

A los indígenas se les tachaba de melancólicos, a los descendientes de africanos de seres supersticiosos y los campesinos en general apenas alcanzaban el rango de ciudadanos cuando había elecciones. Dentro de esos debates intelectuales la calistenia, la educación física y el *sport* fueron presentados como aliados en la cruzada por la superación del atraso pre-moderno. Eso se reflejó en iniciativas gubernamentales como la Ley 80 de 1925 en la que se reglamentó la oferta pública de educación física en el país.

Resulta significativo que pese a la beligerancia de las élites entre sí, los debates públicos desde la Independencia hasta nuestros días confirman que siempre hubo consenso en la necesidad de implantar la modernidad en Colombia: se reclamaba la urgencia de crear el Estado a través de la consolidación de la unión nacional. Las diferencias estaban en la *personalidad* de ese estado. Unos lo anhelaban liberal y laico. Otros conservador y confesional. No tardarían en surgir otros movimientos con otras demandas.

Si ese reclamo era unánime también lo era su denuncia: no había Estado Nacional. Al menos, no en la versión moderna. Según esta, Colombia como entidad político-jurídica existía en la forma, pero su territorio estaba precariamente comunicado y los símbolos de unidad nacional estaban en construcción. Los discursos del gobierno central no lograban divorciarse de la militancia partidista y eran recibidos con desconfianza hasta por las propias bases partidarias.

Una rápida caracterización de la población de la primera mitad del siglo pasado, nos muestra una mayoría asentada en el campo, bajamente alfabetizada y con una economía campesina de supervivencia. Las ciudades, para entonces, son todavía centros de acopio de las mercaderías rurales y con raras excepciones -siendo las más notables Cali y Barranquilla- son las mismas levantadas desde la Colonia. Los grandes negocios son los de la élite agro-exportadora y minera que es artífice del ingreso al país de inversionistas extranjeros.

Con los capitales extranjeros y los representantes de firmas inglesas y norteamericanas, principalmente, llega la necesidad de conectar minas y centros de acopio (de quina, añil, algodón, tabaco y café) con el mundo. Así ingresa el ferrocarril y -según fuentes documentales del periodismo- el fútbol que si bien ya era conocido por otras vías, tuvo la oportunidad de irradiarse, gracias a los ingenieros británicos involucrados en las obras, con la velocidad con que progresaron las carrileras.

Estos antecedentes nos dibujan un mapa colombiano que no difiere mucho del actual: con una alta concentración poblacional en las tres cordilleras andinas, cuyas ciudades principales se comunican entre sí y con los puertos marinos que conectan con el exterior a través de los ríos Cauca y Magdalena y luego mediante el ferrocarril. A ese espacio se reduce el país con pretensiones de moderno y civilizado: a los Andes y poblaciones de escala obligada de las mercancías en el camino de ida o de vuelta hacia y desde el exterior.

Ese mapa de la Colombia en tránsito a la modernidad es también el mapa de la violencia. Un levantamiento cartográfico del primer estudio sistemático de la violencia política en el país -hecho en 1963- confirma este enunciado y contribuye a la hipótesis de la integración colombiana mediante el conflicto interno: sólo es posible existir como país (y para el país) si se está en ese circuito de violencia, de hecho “el centro” -instituido desde la Colonia que eligió a Bogotá por ser una de las dos principales asentamientos muiscas- ratifica su ascendencia sobre el resto de las provincias por ser el emisor de los discursos doctrinarios que llaman a la beligerancia de las partes.

Ese abismo entre la aspiración modernizante y su real desenvolvimiento tiene nombre propio: las resistencias sociales en las que el ejercicio de la violencia jugaría un papel preponderante como veremos en los dos siguientes postulados.

LA VIOLENCIA COMO FACTOR DE LA MODERNIDAD

La república se funda sobre una victoria militar: la campaña Libertadora de Simón Bolívar sobre la Corona española que selló la independencia definitiva en 1819. Desde entonces, la tentativa de un mito nacional ha girado en torno de erigir un panteón de “padres de la patria” y una serie de símbolos republicanos sobre reminiscencias eclesiásticas-monárquicas. El himno nacional -como todas las canciones nacionales- es una oda a los patriotas que derrotaron a los realistas; un canto épico a los héroes de la batalla de Boyacá que fundaron la patria con su coraje y valentía.

Empero estas narrativas fundacionales romantizan los hechos y mistifican la historia. Ellas practican una memoria selectiva en la que se omite una verdad: toda confrontación militar produce muchas muertes y no pocos actos de barbarie. Con esto queda claro -para casi toda América Latina, con la gran excepción de Brasil- que la República y su expresión política predilecta, el Estado, devienen de un acto deliberadamente violento.

Esa victoria fundacional desató otras violencias subsidiarias: se cobró la lealtad de muchos criollos al régimen español y ciudades completas como Pasto sufrieron de la cólera vengativa del Libertador. Al cabo de pocos meses los héroes de la libertad se convirtieron en verdugos de contradictores. Quizá esa sea una de las razones, junto a la mistificación de los próceres, para un olvido imperdonable: los soldados patriotas eran de extracción popular (campesinos, africanos esclavizados) y contaban con un porcentaje importante de mujeres y niños.

La paz relativa que el Virreinato de la Nueva Granada garantizaba, se descompensó con el triunfo patriota: iniciaron las disputas locales por el poder. Primero fue la Patria Boba, luego la Conspiración Septembrina (plan para asesinar a Bolívar), después la disolución de La Gran Colombia y desde ahí un sucesivo cambio en la denominación del país, de reformas constitucionales, de mudanzas de partido en el poder con distintas duraciones en los periodos presidenciales.

Esa situación se expresó en un siglo entero de disputas; centuria en la que se ve un aumento progresivo en la ferocidad de las partes: cada vez existen más razones para temer al enemigo y castigar sus afrentas y vejaciones. Se registran hechos de guerra atroces que demuestran la vejez acumulada del conflicto y la simetría de los bandos que no logran imponer su ventaja al rival.

Sin embargo, ese estado de beligerancia no impedía la vida. Bien sea porque la confrontación militar de los dos partidos políticos fue variando: ya los combates con ejércitos al estilo de la batalla de Peralonso y Palonegro de inicios del siglo XX no fue posible. A las dificultades de formar, financiar y apertrechar ejércitos con nuevos armamentos (ya el machete y el mosquetón eran ineficientes armas del pasado) se sumaba la fe progresiva en la eficacia de las elecciones. Ganar los comicios era -en el sentido más extenso del término- más económico. El fervor de los colombianos en el acto de votar es una actitud estudiada por Malcolm Deas (1996) que la descubrió como una cultura ampliamente instalada.

Así las cosas, el rendir al adversario político en el campo de batalla se hizo cada vez menos importante, ahora lo definitivo era derrotarlo en las elecciones. El bando vencedor obtenía -según palabras de Weber (2000)- el monopolio sobre la burocracia y podía vengar parcialmente las heridas que el partido saliente del poder le había infringido. Pero si se perdía en las urnas, lo único que restaba era la autodefensa armada. Esa confianza en la democracia instrumental y esa desconfianza en la institucionalidad estatal, reflejada en el nacimiento de “pájaros”, guerrillas (primero liberales, luego campesinas comunistas y después marxistas-leninistas-maoístas y guevaristas- castristas) y en el último tiempo de ejércitos de contrainsurgencia (los paramilitares) es la singularidad colombiana dentro de la singularidad latinoamericana.

Jamás se alcanzó una *parlamentarización* de la sociedad, al estilo inglés de finales del siglo XVIII, que desencadenara un ambiente de confianza entre los viejos enemigos y produjera una *deportivización* del entorno social. Hubo pacificaciones locales-temporales, al ritmo de las elecciones y por eso mismo fragmentadas (el país es fruto de constantes re-acomodaciones demográficas por desplazamientos armados) que proveyeron paz provisional en ciertos territorios. Si bien las causas de la guerra civil venían de arriba y del centro (Bogotá), la paz vía pacificación se surtía desde abajo y desde lo local.

En otras palabras: la guerra civil se fue localizando, temporalizando y focalizando. También sofisticando: ya el modo guerrero no era un acto continuo, sino que él estaba pautado por las elecciones; asimismo, los resultados electorales podían definir si la actitud hostil era activa o defensiva. Si se ganaba, se contaba con el presupuesto e infraestructura pública que permitían el derroche del ataque, si se perdía, había que apelar a los recursos privados que exigían la austeridad de la autodefensa.

Esas variables temporales y de acceso a recursos, influyeron en las mudanzas de táctica y estrategia del conflicto: este se fue especializando y desplazando hacia las periferias. Cada vez el reclutamiento forzado pesaba menos en la conformación de los bandos que dejaron de ser ejércitos y privilegiaron los pequeños grupos, tipo comando o *guerrilla*. De igual manera, los hechos de violencia política se radicalizaron en el campo, lejos del mayor control social de las ciudades que, en los relatos de la época, empezaron a experimentar otros problemas asociados a la migración masiva de campesinos por razones de la violencia y de búsqueda de oportunidades que las urbes empezaron a prometer.

Urbanización de la población que desató el proceso de masificación y que coadyuvó en la incipiente industrialización que tuvo un década feliz en los años 20 del siglo pasado (gracias al despegue de exportaciones de café y del excelente precio del grano en el mercado internacional, sumado al pago de la indemnización estadounidense por la separación de Panamá que pasó a la historia como la “danza de los millones”) y volvió a brillar en la siguiente década de la II posguerra mundial (1945- 1955).

Urbanización e industrialización que deben ser leídos como la maduración de fenómenos de similar gestación: la transición hacia un nuevo modelo económico que dejaba atrás el modelo cepalino y el proteccionismo keynesiano y se adentraba en el liberalismo económico más radical, el del capitalismo neoliberal. Fenómenos, en especial la industrialización, que hacía parte del programa de la modernización en el que la racionalización de la producción y la optimización de su eficacia tenía al modelo fordista como uno de sus paradigmas.



FÚTBOL Y PATRIA: EL SIGLO XIX VISTO A TRAVÉS DEL BALÓN

El año 1948 marcó un antes y un después no sólo para el fútbol como para la patria: en ese año se inaugura la liga profesional de balompié en medio de un hecho que agudizó la confrontación entre los partidos liberal y conservador -el “Bogotazo”- desencadenado con el magnicidio del líder popular Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril. Cuatro meses después iniciaría el torneo profesional.

El que un campeonato de fútbol surgiera en el momento más feroz de la violencia bipartidista invita a cambiar el enfoque en el estudio de la violencia: aquí no existe pacificación sino pervivencia del conflicto ¿Cómo fue posible eso? “El Dorado”, como se le llamó a ese primer periodo del fútbol profesional en Colombia, entre 1949 y 1954, tiene algunas especificidades que dan licencia para imaginar respuestas.

Ese periodo, el de *El Dorado* (rótulo inspirado en el mito chibcha de una ciudad de oro sumergida en una laguna andina), pudo darse por dos razones externas: la autonomización del juego frente a sus practicantes que hizo posible (o que fue posible gracias a) la existencia de clubes, federaciones y luego confederaciones que juraron obedecer, so pena de expulsiones, las reglas de Cambridge oficializadas desde 1863 en Inglaterra. La normalización de esa estructura facilitó su internacionalización: así el fútbol se desplazó por el mundo sin perder su identidad como deporte con esa movilidad.

De esa forma tenemos la acogida de esa práctica en muchas naciones y su institucionalización a través de entidades de naturaleza privada que lo administran y son tributarias de lo que hoy conocemos como la Fifa. Esta sofisticación de su control no pudo impedir que ese carácter aristocrático-burgués del fútbol se diluyese con su popularización que tiene, en los discursos higienistas que campearon en la primera mitad del siglo pasado, buena parte de su explicación.

La otra razón es el desarrollo de las comunicaciones, que permitió que en Colombia supiéramos del esplendor del fútbol del Río de La Plata a través del télex, la prensa escrita y la radio de onda corta. También de los barcos y posteriormente del teléfono y la aviación. Todavía no se ha hecho en el país una investigación que, por ejemplo, de cuenta de las influencias ciertas en la prensa deportiva y en el propio fútbol colombiano de la Revista *El Gráfico*, editada en Buenos Aires.

Esa imagen romántica del fútbol argentino, especialmente del bonaerense, propició que empresarios locales buscaran contratar figuras argentinas justo en el momento de la huelga de ese fútbol en 1949. El techo salarial fijado por el presidente Perón suscitó la para que fue desafiada por las tentadoras ofertas económicas que los nobles clubes colombianos ofrecieron a la primera diáspora de futbolistas sudamericanos a nuestro país.

Primero fueron los argentinos, seguidos por uruguayos, peruanos, paraguayos y costarricenses. Brasileños también los hubo, pero más tarde y especialmente en la costa atlántica: los futbolistas cariocas (porque vinieron de Río de Janeiro) se adaptaron mejor al clima del Caribe. Pero no sólo de América del sur vinieron en *El Dorado*: ingleses, italianos, yugoslavos y húngaros militaron en escuadras colombianas. *El Dorado* vio desfilar cerca de 1000 jugadores extranjeros en el lustro de su existencia, siendo -probablemente- una de las primeras ligas en el mundo de escenificar la internacionalización de este deporte y anticiparse así a la globalización que lo define.

Persiste la pregunta ¿qué nos dice esa rareza de *El Dorado*? y ¿cómo ella se puede leer a la luz de La Violencia (con mayúscula y minúscula)? La respuesta debe hallarse en el componente foráneo y su neutralidad innata: los colombianos no están, en esa época, para jugar sino para guerrear y las victorias del deporte, así sean inofensivas y/o simbólicas, no se le pueden conceder a los enemigos políticos, posiblemente representados en algún equipo.

Luego quienes vistieran los uniformes debían ser seres desprovistos de representatividad alguna. Eso produjo hechos, inéditos en el fútbol mundial, como que en ese periodo hubiese nóminas completas, del arquero al centro-delantero, integradas por extranjeros; más aún: que todos los once fueran de una misma nacionalidad: así el Quindío, Cúcuta y Pereira de 1951 y 1952 -por citar los ejemplos más representativos- estaban compuestos, respectivamente, por argentinos, uruguayos y paraguayos. También serían célebres los costarricenses del equipo de la Universidad Nacional del 49 y 50, los peruanos del Cali y el Medellín en los 50's y la llegada desde entonces de brasileiros al Junior de Barranquilla.

Esa es la causa interna más definitiva para El Dorado: la relativa neutralidad de los ejecutantes del espectáculo. Si los futbolistas no apoyaban las causas del enemigo militar-político eran por tanto bienvenidos por ambas partes, con un plus: si bien esos atletas no intervenían en la confrontación política si intervenían en la disputa por la legitimación de los valores éticos y estéticos de la sociedad, en la implantación desde el nivel simbólico de la modernidad.

Ahí la neutralidad de los futbolistas extranjeros se diluye parcialmente: ellos fueron agentes potentes de una sensibilidad que ayudó a modelar el ideario de la modernidad de las élites que pugnaban, entre sí, pero que se aliaban a la hora de distinguirse de sus propias bases guerreras: el pueblo.

Una pregunta para una investigación posterior es la siguiente: ¿qué papel jugó en la representación social de “un nosotros” la legión de extranjeros que actuó en El Dorado? Esto teniendo en cuenta que -hasta los noventa- Colombia fue un país poco integrado con el vecindario continental, quizá por la intensidad de su conflicto y también por la distancia del centro andino con sus bordes fronterizos que cimentó un mito de inexpugnabilidad geográfica.

Qué tanto se construyó una idea de lo nacional, de identidad, a partir de la alteridad, la otredad encarnada y expresada con potencia simbólica por los forasteros del fútbol. El interrogante surge en medio de una evidencia: dejando de lado la diáspora de sirio-libaneses (popularmente llamados como turcos) que arribó y se instaló en la Costa Atlántica colombiana en la primera mitad del siglo XX, no existen otras colonias radicadas en el territorio nacional, excepto -es una hipótesis de trabajo- la de la nación de extranjeros que vinieron a jugar fútbol.

Un dato más contribuye a pensar algo en esa dirección: en 1957 se reglamentó que al menos ¡debían haber cuatro colombianos por cada plantilla! Comenzando los años 70 ya se había invertido la proporción aunque en la práctica abundaron las nacionalizaciones de extranjeros para rehuir la norma que buscaba proteger y estimular el desarrollo competitivo de los futbolistas criollos.

El colofón de esa masiva presencia de internacionales en nuestro fútbol es la tardía, esporádica y poco competitiva participación de clubes colombianos (en torneos como La Libertadores) y de la Selección Colombiana en certámenes internacionales de los que se privó por sanciones (como la levantada con el Pacto de Lima que dio fin a El Dorado en 1954) y por disputas regionales por el control del fútbol nacional como las personificadas entre Adefútbol y la Dimayor. Ese aislamiento se contrarrestó con torneos de “selecciones” compuestas por los grupos de extranjeros, compatriotas entre sí, que jugaban para clubes colombianos.

MODERNIDADES PLURALES Y ENDOGÁMICAS: LA ACTIVACIÓN SIMBÓLICA DE EL DORADO

La explicación para que los dos grandes eventos deportivos del siglo XX, el torneo nacional de fútbol y la Vuelta a Colombia en bicicleta, se iniciaran a poco tiempo de alcanzado el punto máximo de la Violencia política del siglo pasado (El Bogotazo) fue que esta revuelta radicalizó el conflicto en el campo y pacificó las ciudades más grandes, especialmente las del centro andino.

La liga colombiana de fútbol inicia en agosto de 1948, con diez equipos y se desarrolla en las seis principales ciudades. Así mismo, la Vuelta a Colombia arranca sus ediciones en enero de 1951, corriendo 10 etapas que conectan 10 poblaciones del circuito andino.

Los dos eventos inician y se reeditan, desde entonces, en la zona que tuvo el mayor índice de violencia en el país: los Andes; pero también en la que alcanzó la primera pacificación de gran escala con todo y que las ciudades nunca fueron los escenarios preferidos del conflicto bipartidista.

El Dorado es sin duda un hecho excepcional. Las causas que pueden explicar la migración temporal de “pies de obra” se pueden clasificar en dos categorías:

Causas internas: la precaria institucionalidad colombiana ahorra gastos aduaneros, consulares y tributarios; así evitaba desgastes en el trámite y el pago de comisiones a intermediarios. El negocio era hecho directamente entre las dos partes, tal como acontece en la economía de guerra. La violencia política radicalizó las desconfianzas en la que el débil Estado era visto como un intruso o enemigo.

Así mismo, las ciudades sede del torneo tuvieron una doble disponibilidad para realizar el evento: ellas estaban al tanto del debate nacional que bogaba por abrazar la modernidad en la que el deporte era una de sus mejores expresiones (por ello costearon la construcción de estadios con recursos públicos) y querían alejarse lo más posible del clima de violencia política, ofreciendo condiciones de redención social mediante el acto civilizado del fútbol; mejor si él era ejecutado por extranjeros que -en la representación social de la época- eran asimilados con lo moderno.

Dada la novedad del campeonato y el cartel de estrellas que se fue juntando, las asistencias a los estadios eran apoteósicas. Los equipos se solventaban con las taquillas y encima recibían apoyo de sus municipalidades. Ese furor social cautivó a los deportistas forasteros que pasaron a ser personajes del *jet set* criollo y promovieron la venida de más compatriotas para alinear en equipos colombianos.

Causas externas: estas son más complejas y deben considerar -en primera instancia- la transformación del fútbol en un espectáculo de mercado y por tanto inserto en una economía de consumo, oficiado por profesionales que cobran un salario y agenciado por directivos que se lucran del negocio. También, ha de tener en cuenta la autonomía alcanzada por el fútbol, que se independiza del juego en sí y de los futbolistas: su estandarización como deporte regentado por entidades supralocales (las ligas y federaciones) y multinacionales (Conmebol y Fifa). Esto último permitió que se tornase a la vez en deporte universal y global: es practicado y entendido por todos.

Esas son las explicaciones para que una huelga de futbolistas argentinos, en virtud de una restricción salarial del peronismo, deviniera en la aceptación de varios de ellos para fichar por clubes colombianos. Clubes que, dicho sea de paso, escasamente conocían las restricciones que sobre este tipo de transacciones prescribían la Conmebol y Fifa. Resultado: la voz se corrió en todo el medio futbolero del cono sur y bien pronto las joyas de *El Dorado* brillaron con las figuras del Río de La Plata.

Llegamos así a un torneo recién estrenado, de alto componente internacional, que ha sido descrito como un auténtico campeonato sudamericano de fútbol: la presencia de jugadores nacionales era marginal obligando, con el paso de los años, a reglamentar no el límite máximo de extranjeros en las plantillas titulares, sino el número mínimo de jugadores nacionales por nómina. Antes que ciertas ligas europeas, como la italiana, española e inglesa, tuvieran jugadores de varias nacionalidades en sus equipos, este torneo colombiano de *El Dorado* presentó esa situación derivada, entre otras razones, por la violencia política y el aislamiento provocado por ella.

Aun así, la interpretación es insuficiente: si bien el fútbol pudo brotar, como competencia de pretensión nacional, con una vitalidad insólita y esto pudo ser posible por la pacificación relativa de la Colombia andina, esto no obedece a una tregua declarada o armisticio entre los bandos en conflicto. Más bien, es la

aceptación expresa -de las elites en consenso- de que el deporte es modernidad encarnada y que es una práctica que permite civilizar al pueblo y atemperar sus pasiones políticas con pasiones deportivas, en una suerte de mudanza de las emociones que pasan de la búsqueda de la excitación partidista a la excitación de los partidos... de fútbol.

Por eso y sólo por eso, es que la liga arranca en serio -en 1949- con la llegada de los extranjeros, porque estos garantizan una doble neutralidad: son ajenos al fragor de la pugna (no toman, literalmente, partido por algunas de las partes en contienda) y al mismo tiempo sus triunfos o derrotas están desposeídos de cualquier consecuencia política y militar. En resumen: los extranjeros no pueden desequilibrar la balanza de la disputa.

Ese ambiente tan propicio produjo un campeonato atípico para el medio latinoamericano y prematuro en términos de su componente internacional, de lo que después sería la globalización del negocio. Se forjó jornada tras jornada un acontecimiento que alcanzaría dimensiones nacionales, hasta entonces sólo cubiertas por las elecciones, que prefiguraría el primer producto de la sociedad del espectáculo en Colombia, en el que se forma un público, un estamento de artistas del balón, unos administradores del espectáculo y se consolida una estética y una sensibilidad que la aprecia.

Esto con una plusvalía hasta ahora no considerada: la cifra significativa de extranjeros que arribaron al país para jugar fútbol, durante los años 50 y de ahí en adelante, que puede ser, junto a la migración árabe de la Costa Atlántica, la más importante, sobre todo en su aspecto simbólico. Esto no es un asunto menor, más tratándose de un país que puede ser en la región el de menos integrado (situación que ha ido cambiando desde los años 90) y en el que prácticamente no existe una colonia extranjera bien establecida y reconocida.

La fuerza simbólica, que nos hacen de prescindir de las cifras que calculan entre 5000 y 10000 extranjeros-futbolistas, reside en que estos forasteros permitieron la construcción de un “otro” que primero nos ayudaba a salir del atraso y la ignorancia (deportiva y de otros órdenes) y luego se convirtió en un rival al cual vencer. Ese “otro” tan importante al hablar de identidades y alteridades, hasta entonces siempre fue interno: el rival político (liberal/ conservador) y luego el enemigo militar (soldado, guerrillero, paramilitar, mafioso-narcotraficante); situación que refuerza el síndrome endógeno que demógrafos, sociólogos y hasta genetistas han señalado en el país.

CONCLUSIONES

Como puede verse, el fútbol no es una simple excentricidad en la historia reciente del país. No lo fue en el periodo examinado en este artículo y lo es menos en los años más cercanos. De hecho, el notable desempeño de la Selección Colombia de fútbol en la Copa Mundo del 2014, le permitió al fútbol recobrar un viejo rol que asumió en su nacimiento como liga profesional: el artificio de la tregua entre dos bandos políticamente exacerbados. Con un *plus*: la futbolización - por el tiempo en que coincidieron las eliminatorias al Mundial de Brasil con los diálogos de la Habana y la campaña presidencial del 2014- del lenguaje empleado por el gobierno, los guerrilleros y el candidato-presidente. Tema que tratamos en una publicación de la Clacso (Quitíán, 2014) y que merece más desarrollo en otro texto.

Respecto de lo acontecido desde la mitad del siglo pasado, se puede decir que el fútbol se insertó en el programa modernizador, aunque no lo hizo como resultado de una pacificación real, sino más bien con la consigna de motivarla. Y lo hizo en la zona históricamente más violenta, la andina, pero también la primera en ser progresivamente apaciguada. Casi por la misma fecha, el ciclismo inauguró una competencia de pretensión igualmente nacional, como el fútbol, pero que repitió el mismo perímetro territorial trazado por las ciudades que presentaban fútbol profesional. Así, el ciclismo consolidó la tarea

civilizatoria iniciada por el fútbol y le agregó un componente de gesta heroica que el fútbol no podía brindar por su alto componente extranjero.

Justamente, el énfasis foráneo del fútbol es su singularidad: el campeonato remite a un torneo “no colombiano”, por lo que desactiva el apasionamiento político motivando la pasión futbolística de los aficionados. Ambos deportes, fútbol y ciclismo, proyectan esos imaginarios gracias al prodigio tecnológico de la radio y la genialidad imaginativa de sus relatores, especialmente del periodista Carlos Arturo Rueda (1918- 1995), que inventó un estilo épico, dramático, que creó héroes redimidos del martirio y permitió pensar la nación desde los campos de juego y las carreteras del país.

Significativo que la tradición deportiva colombiana no conozca alteridades tan potentes como las del cono sur. Aquí no existe nada parecido a las rivalidades creadas entre Uruguay-Argentina/ Argentina-Inglaterra/ Brasil- Argentina. Un intento de explicación es que dentro del propio suelo se celebraban ya auténticos torneos internacionales en virtud de la masa extranjera que jugaba en el país. Así mismo, *El Dorado* trajo como consecuencia la expulsión de Colombia de la Conmebol y la Fifa durante seis años (1949-1954), sanciones que se repetirían más adelante por las disputas entre la Adefútbol y la Difútbol (fruto de las tensiones centro-provincia), que le impedirían al balompié nacional participar de varios Sudamericanos de Fútbol (Copas América), eliminatorias mundialistas y mundiales propiamente dichos.

Así, ese elemento extranjero no había que buscarlo muy lejos, estaba en el propio fútbol de la liga profesional. La otredad vivía con la mismidad. Y esa tensión “otro”-“yo” se empezó a escenificar en la progresiva disminución en la restricción de alinear futbolistas criollos en las titulares de los equipos. De alienar a cuatro nacionales, como mínimo, en las alineaciones de 1958, se pasó a máximo cuatro extranjeros por equipo en 1985. Hoy día, es tres el tope legal.

Si el fútbol proveyó un “otro” -asociado a la modernidad y civilización venidas de afuera- el ciclismo cimentó un “nosotros” como héroes y como país. Mientras el balompié contribuyó a la sublimación de la violencia política que ni siquiera la única guerra contra un país vecino -acontecida con Perú en 1929- logró, el ciclismo con sus *escarabajos* sobre “el caballito de acero” cosió el mito de una nación posible, domada por la modernidad y por el coraje de sus gentes que se imponen a su propia naturaleza.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICA

DEAS, Malcolm. “La política en la vida republicana”, In Castro, Beatriz (org) *Historia de la vida cotidiana en Colombia*. Norma: Bogotá, p. 271-289.

ELIAS, Norbert. *A busca da excitação*. Lisboa: Difel, 1992.

ELIAS, Norbert. *O processo civilizador: uma história dos costumes*. RJ: Zahar, 1990.

QUITIÁN, David. “Las elecciones, el espejismo de un solo pueblo y la Copa Mundo: apuntes desde Brasil sobre las campañas del gobierno Santos y de la Selección Colombia”, In: Cuadernos del Mundial Brasil 2014, No. 5. Clacso: Buenos Aires, junio de 2014. Disponible en la URL: <http://www.clacso.org.ar/cuadernosdelmundial/opinion17.php>. Consultado el 24 de junio de 2015.

WEBER, Max. *Qué es la burocracia*. Ediciones el aleph, 2000, Disponible en la URL: <http://www.portalalba.org/biblioteca/WEBAR%20MAX.%20Que%20es%20la%20Burocracia.pdf>. Consultado el 24 de junio de 2015.